LA EXISTENCIA Y EL PECADO SEGUN QUEVEDO

Constantino Láscaris C.

"Lo que han de hacer [los lectores] es no tomarlo ninguno por sí [el libro del cual hace la dedicatoria], sino unos por otros; y con esto ellos quedarán por quien son, y mi libro será bien-quisto de los propios que abrasa y persigue: y porque no me antuvie alguno, tomo por mí lo que me toca, que no es poco ni bueno" (1).

Tal habla Quevedo a sus lectores cuando pone en sus manos una de sus obras y su cinismo lanza a los cuatro vientos la opinión que de las gentes tiene; y también la que de sí tiene; y de esta manera, los hombres quedan desnudos a la vista y sus perfiles recaban para sí el derecho de reconocer lo que son en su interioridad.

Y esta interioridad, que requiere del cinismo para exteriorizarse, no es muy halagüeña; Quevedo se confiesa vicioso, pero, eso sí, no se confiesa todavía pecador. Se ríe sarcástico de su debilidad viciosa y pretencioso ostenta en múltiples ocasiones sus reconditeces más podridas. Más tarde, llegará el arrepentimiento, pero no por eso deja de fascinarle el remover sus entrañas y airear la carcoma. Es el vicio en cuanto corrupción orgánica, en lo que tiene de fisiológico y depravación; así rezuma en casi todas sus obras y de ahí también la perpetua repulsa a ciertos hombres por ciertos vicios, así como la repulsa de la mujer, ser meramente hecho para soportar o excitar la sexualidad del hombre.

A Quevedo le gusta desarrollar estos temas; encuentra cierto placer morboso en apostrofarse a sí mismo y en denigrarse; el cinismo obedece a causas profundas; su cuidado le llevará por una parte a la ascética, pero por otra parte le arroja a la misma podredumbre y allí le deja.

Pero ha de hacerse una advertencia: el vicio en Quevedo es sano, si pudiera así decirse. Es decir, el vicio corrompe, o constituye, al hombre, pero no es el vicio que represente degeneración y pérdida de la hombría, aunque estrague al hombre en su propia esencia. El vicio es aquello que deja al hombre en el mundo, sin sacarle de éste; el vicio es, sin más, la vida que el hombre lleva en la sociedad, si a todas las prácticas de ésta se atiene. Tanto a la sociedad aparente, legalizada, como a la que de hecho es, corrompida e hipócrita. Y en estas condiciones, es de apreciar el cinismo de Quevedo, que muy bien pudiera llamarse sinceridad, sin tanta truculencia; pero, la sinceridad, para la sociedad, cuando pasa de unos límites sociables, se convierte en cinismo. Y contra esto mismo reaccionó Quevedo.

Cuando dice que el vicio de la ingratitud es el mismo hombre, "que es vicioso y vicio" (2), no hace más que reconocer con valentía lo que tenía ante sus ojos. Así como se sentía palpitante por percibirse con continuo choque y mutación de la vida y

⁽¹⁾ Discurso de todos los diablos, Chiste a..., 239. Las referencias de Quevedo son a la Ed. de Obras Completas (Madrid, Aguilar, 1er. vol., prosa, 1941, y 2do. vol. verso, 1952), simplemente con la cifra de la página si se trata del primero, y con una V si del segundo.

⁽²⁾ Virtud Militante. Ingratitud, 1133.

la muerte, y palpar a ésta en su propio cuerpo, así siente el vicio clavado en su estructura; y él, el individuo, es vicio, y al ser vicioso no hace más que dejarse llevar por lo que es; su limitación ingénita le empuja al vicio y tardará en intentar saltar de éste.

Quevedo se nos presenta y se hace la apología; basta leerla para comprender su preocupación:

"Don Francisco de Quevedo, hijo de sus obras..., hombre de bien, nacido para mal..., mozo dado al mundo, prestado al diablo y encomendado a la carne..., ancho de frente y de conciencia..., falto de pies y de dicha, raído de capa y de vergüenza, largo de zancas y de razones, limpio de sangre y de bolsa..." (3).

Los defectos morales son aparejados a los orgánicos y su retrato pretende sernos repugnante; no otro era el efecto buscado por Quevedo, y no sirve argumentar que lo hizo por truco literario, debido a dos motivos: el primero, que si no lo hubiese sentido en sí mismo, no hubiera sido capaz de escribirlo,—nadie inventa lo que no vive—; y el segundo, que esta obra no es de las que pudo escribir por compromiso; más bien tiene el aspecto de un verdadero desahogo.

Y a tanto llega Quevedo que ya supone que los demás hombres son igualmente vicio e igualmente viciosos; basta ver toda su prosa o verso humorísticos. Y además, el hombre cree que los demás son como él y que se lo han de imaginar según tal dimensión; más adelante, Quevedo se quejará amargamente de que no puedan dejar de pensar así de él. Pero en tanto, se muestra sin recato:

"¿Es posible, señora mía, que no se me echaban de ver los fondos de bellaquerías y las entretelas de embustes; aquella cara, más raída que la polilla; aquellos gregüescos, más rotos que la conciencia, y aquel hablar palabras más livianas que mis cascos?" (4).

Y como tal, cuando habla de la verdadera composición de estos sus escritos, dice que "Esta es de mis obras la quintademonia, como la quintaesencia" (5).

Y esta quintademonia es lo que impúdicamente muestra, sin reparo en las reacciones que cause; es más, lo considera tan propio suyo, como la misma bondad en el hombre. Este, siguiendo la doctrina estoica, en sí lleva el germen del bien y del mal, es el bien y el mal: "ceterum humanorum pectorum propria bona malaque sunt" (6). Pascal llevará al límite la distinción y señalará en el hombre dos naturalezas, una buena y otra mala (7); lo que en Quevedo son sentencias, en Pascal son naturalezas.

El despliegue de la parte viciosa del hombre lleva a Quevedo a extremos terribles de descarnada descripción. Pero no se queda en ella sola; una característica del hombre es que, cuando se da cuenta de que tiene un vicio y de que éste es vicio, entonces el vicio se convierte en pecado (8).

Es precisamente la entrada del vicio en el ámbito de la conciencia lo que hace al hombre pecador. Así nace el pecado en el corazón humano, y así se apodera de todo él, llevándolo a una nueva dimensión de cuidado, la dimensión de la inestabilidad de la vida ante la misma vida. Porque la conciencia del pecado, así lo vivió Quevedo, surge cuando el individuo se siente a sí mismo como abandonado a sus instintos procaces, y entonces la lucha brota en su ser, pues siempre lleva encerrada la fuerza misteriosa, el recóndito hálito por el que el cuerpo aspira a ser alma, y por el que el hombre aspira a realizarse perfecto.

⁽³⁾ Carta a la Rectora..., 48.

⁽⁴⁾ Carta a una monja..., 37.

⁽⁵⁾ Discurso de todos los diablos. Delantal del libro, 239.

⁽⁶⁾ SENECA, De Ira, I. II.

⁽⁷⁾ BENZECRI, L'esprit humain selon Pascal (Paris, Alcan, 1939), 144-68.

⁽⁸⁾ V, 472.

El pecado aparece entonces como una desviación de lo que es el hombre, como un apartamiento de su sino, quedando lanzado a una existencia falsificada, simbolizada por el infierno en Quevedo; el hombre entonces sueña que vive y palpita acongojado por su pecado, que no es nunca en Quevedo un acto concreto, sino un modo de vivir, una profesión que le haya absorbido totalmente y le haya privado de hacerse íntegro hombre (9). En Calderón, la Culpa queda equiparada a la Muerte, es una forma de muerte preventiva, anticipada.

La causa de que se rechace el pecado no es, aparte de la fe, el arrepentimiento, sino el hastío. El hombre se siente vacío en esa existencia perdida y deja de pecar y adopta un nuevo modo de vida por querer hallarse a sí mismo:

"He sido malo por muchos caminos $_i$ y habiendo dejado de ser malo, no soy bueno, porque he dejado el mal de cansado y no de arrepentido" (10).

Pero no basta alejarse del pecado para hallarse; entre los muchos modos diferentes, seguirá luchando el hombre hasta que acierte con uno, por el que supere todas sus debilidades.

Quevedo, por tanto, se encuentra vicioso, y al reconocerse en tal estado, se siente pecador; el remordimiento no le abandona (11) y su actitud se mantiene entonces erguida y apostrofa a los hombres, les echa en la cara el no darse cuenta de lo que son (12).

En este punto, es interesante ver la reacción que en su época pudo tener esta tesis, subrepticiamente desarrollada. Acre censura recibe el *Infierno emendado* por decir: "ergo remitto la solución a Lucifer, que él dará cuenta de sí, pues en cosa tan menuda se atollan reverendas hopalandas y un grado tan iluminado y una barba tan rasa" (13).

Dar por defensa de su obra lo que el diablo diga es querer seguir su doctrina, decía Fray Diego Niseno, sin percibir el valor humano de remitir al ser más desviado de su real modo esencial, las vidas contrahechas que son puro infierno.

ANALISIS DEL PECADO

Explaya cómo la juventud moza casó con el Pecado y explica por qué la juventud se lanza en sus brazos, a causa de su poca experiencia para gobernar y por anhelar la libertad que con él se consigue. Continúa hablando de los tres hijos que tuvieron de este matrimonio, No sabia, No pensaba, No miraba (14), y desarrolla sus peculiares características.

Sin embargo, a pesar de estas genealogías, Quevedo se siente escolástico en este punto fundamental, y sostiene que quien peca es la voluntad, que es potencia espiritual del alma (15): "Nadie, teniendo buena voluntad, puede ser malo" (16), dice San Agustín y Quevedo le sigue los pasos muy de cerca (17). Continúa: "confiesas con los filósofos y teólogos que la voluntad apetece lo malo debajo de razón de bien, y que para pecar no basta la representación de la ira ni el conocimiento de la lujuria

⁽⁹⁾ Véase la diferencia con Sto. Tomás, Summa Theologica, 2, 1 q., 71, 6.

⁽¹⁰⁾ Carta CXXIX. 1820.

⁽¹¹⁾ R. BOUVIER, Quevedo, (Paris), 37.

⁽¹²⁾ Ib., 11.

⁽¹³⁾ Infierno emendado, 239. La crítica, 235.

⁽¹⁴⁾ Genealogía de los modorros, 4.

⁽¹⁵⁾ Providencia de Dios, 1259.

⁽¹⁶⁾ La Ciudad de Dios, VII.

⁽¹⁷⁾ Política de Dios, 479.

sin el consentimiento de la voluntad; y que eso, para que sea pecado, no aguarda la ejecución, que solo le agrava más, aunque en esto no hay muchas diferencias. Esto, así visto, y entendido, claro está que cada vez que un pecado de estos se hace, que la voluntad lo consiente y quiere; y, según su natural, no pudo apetecerle sino debajo de razón de algún bien" (18).

Clara queda la doctrina, reafirmada por Quevedo, frente a Thrasea, de que no hay que aborrecer al pecador; interpreta la opinión de Thrasea de que sí hay que aborrecerlo en el sentido de que, como el pecar es tan propio del hombre el que aborrece el pecado, aborrece el pecador (19). Por otra parte, reproduce la opinión de Pedro Blesense de que de dos maneras se peca con los labios: u omitiendo lo que se ha de decir, o diciendo lo que se ha de callar (20).

Uno de los pecados que más repugnan a Quevedo, por su repercusión en la vida social, es la acceptio personarum, en cuyo concepto sigue a Santo Tomás (21). Destierra toda justicia y causa terribles trastornos (22).

LA HIPOCRESIA

El pecado es un gran representante; hace falsas figuras y personajes para deleitar. Es hijo y padre de la hipocresía, "pues primero para ser pecado es hipócrita y es hipócrita luego que es pecado" (23). Apostrofa violentamente a abaylardo, siguiendo la frase de San Bernardo: Totus ambiguus homo sibi dissimilis, foris Joannes, intus Herodes. Le llama por ello monstruoso Proteo, y prosigue contra los hombres hipócritas (24).

Gran odio les tiene; son los seres que más repugnan a Quevedo; más acaso que los vicios nefandos. El motivo es trascendente. Todos los pecadores pecan contra Dios, pero sólo los hipócritas pecan contra Dios, con Dios y en Dios, pues lo toman por instrumento para pecar. Por esto, el hipócrita es malo de todas las maneras (25).

La hipocresía comienza con el mundo y con él acabará, y todos los pecados suelen tener hipocresía ante los hombres y de ella nacen y se alimentan. Esto se demuestra porque el mal se viste de bien en lo aparente para atraer la voluntad; ésta es la más clara y confirmada hipocresía (26).

Pero la verdadera entraña de la hipocresía está en pecar y alabar a Dios, lo que es no conocer ni a Dios ni al pecado (27).

EL PLACER DE PECAR

El pecador se siente atraído a consumar a cada momento su pecado. Su vida es un pecado constante, con continuas realizaciones momentáneas. Pero ya su degeneración es tan grande que apetece más las virtudes que los vicios; ésta es la exquisitez

⁽¹⁸⁾ El Mundo por de dentro, 199.

⁽¹⁹⁾ Carta de Plinio. Nota. 1580.

⁽²⁰⁾ Providencia de Dios, 1254. P. Blesense, Compendium in Job, c I. Opera Omnia, 421.

⁽²¹⁾ Summa Theologica, II, II, 53 pr.

⁽²²⁾ Política de Dios, 454 - 55.

⁽²³⁾ Marco Bruto, 742.

⁽²⁴⁾ Consideraciones ..., 1049.

⁽²⁵⁾ El Mundo ..., 199.

⁽²⁶⁾ Jb., 198-99.

⁽²⁷⁾ La Constancia... Job, 1194.

del pecado; ser malo con las virtudes; codiciar más la honestidad que la hermosura, la novedad del deleite que su espontaneidad (28).

Ya el pecado, además de pecado, es estragada enervación, es degeneración humana, que repugna y asquea:

"Cuánto engaño de cáñamo anudado Tiene el golfo, inquiriendo su elemento Al parto delicioso del pecado" (29).

Este es un tema que, por lo mismo que le hiere, lo trata Quevedo con frecuencia (30), así como otros matices en que el placer del pecado es buscado, por ej., en el escándalo, la publicidad:

> Sólo en tí, Lesbia, vemos que ha perdido El adulterio la vergüenza al cielo... Mira que tus vecinos afrentados, Dicen que te deleitan los testigos De tus pecados más que tus pecados (31).

EL SUICIDIO

Dado este concepto de pecado, se llega a la conclusión de que el mayor de todos es el suicidio, que consiste en truncar por propia decisión la existencia individual; mayor desvirtuación ya no cabe. Sin embargo, para un neosenequista el problema era grave; en él encallaron casi todos los estoicos renacentistas, debido a la general aceptación en la Antigüedad por los estoicos del suicidio. Séneca da claramente su opinión (32), y es recogida por Montaigne, que duda, y parece ser que finalmente lo justifica (33).

El problema de conciliar el estoicismo con el cristianismo llevó a casi todos los pensadores a separarse en este punto del estoicismo originario. Ya San Agustín lo rechazó violentamente (34).

Montaigne sólo lo justifica cuando el dolor es grande, lo que le ocasionó una acerba repulsa por parte de Pascal (35).

Para Quevedo el suicidio es algo inaudito; le repugna tan íntimamente que ya no lo considera compatible con el ser hombre. El que es capaz de suicidarse, ha perdido la conciencia de su existencia. Por eso, sólo en un caso admite sea posible humanamente: por miedo a la muerte. Pero este caso es absurdo: "Matarse por no morir es ser igualmente necio y cobarde. Es la acción más infame del entendimiento..." (36), pues atenta contra lo más profundo del hombre, contra lo que le afirma en el mundo y le presta personalidad; la existencia individual le es algo tan sagrado, que nadie podrá atentar contra sí mismo.

⁽²⁸⁾ Epicteto Traducido, V, 796.

⁽²⁹⁾ Soneto: Exclama ..., V, 467.

⁽³⁰⁾ Vid., V, 457.

⁽³¹⁾ Ed. Fernández Guerra, II, 22.

⁽³²⁾ Ep. 70.

⁽³³⁾ Contume de l'Ile de Cea. Ib. Essais, II, III, II.

⁽³⁴⁾ La Ciudad de Dios, I, XVII; I, XIX y XX y XXVII.

⁽³⁵⁾ Pensées, II, 63.

⁽³⁶⁾ Marco Bruto, 736.

Cuando Quevedo estudia el estoicismo, habla de la paradoja que muestran los escritos de los estoicos famosos; esta paradoja es el suicidio. Y así lo llama porque le resulta contradictorio que se cause la muerte quien no se deja arrastrar por la Fortuna, quien domina todos sus impulsos y se mantiene por encima de todas las vicisitudes. Y para justificarse comienza afirmando que no fue suicidio la muerte de Sócrates ni la de Séneca, ya que estaban condenados a morir antes de darse la muerte. Por tanto, no se suicidaron, sino que sólo eligieron el género de muerte.

Sin embargo, es innegable que Séneca hace la apología del suicidio; cita sus palabras del De Ira, III, XV, y no calla su lengua en reprobarlo y llamarlo enemigo del género humano. Y las sátiras de Marcial al que se mata por no morir le sirven de paliativo.

Pero Quevedo distingue en este punto entre doctrina estoica y doctrina de algunos estoicos, es decir, niega que el suicidio sea connatural y necesario al estoicismo, ya que Epicteto lo reprobó también.

Y termina de negar el suicidio pidiendo el agradecimiento de la escuela estoica por defenderla de este error (37).

⁽³⁷⁾ Nombre, origen ..., 902-3.